

dos, se ha logrado un ahorro de $330 - 205 = 125$ días, o sea de un 61 por 100.

En la duración indicada van incluidas las pérdidas de tiempo por lluvias, averías del levante, fiestas, huelgas, etc., las cuales representan 40,5 días por brigada, es decir, de un 12 por 100 respecto a esta unidad.

III.—Datos del coste

A continuación indicamos algunos datos relativos a la mano de obra de ejecución, expresados en jornales de ocho horas por poste sencillo instalado. Los valores que transcribimos son los medios generales del conjunto del trabajo:

	Obreros	Caballerías
Construcción de postes		
Plataformas.....	0,51	»
Armados.....	1,04	»
Montaje de moldes.....	1,53	0,48
Hormigonado y desmolde.....	4,45	»
Transporte de herramienta.....	0,82	1,10
Agua para hormigonado y riegos.....	2,30	3,56
Transporte del hierro desde almacén.....	0,50	2,26
Idem del cemento desde almacén.....	0,37	1,35
Varios.....	1,22	0,56
<i>Totales de construcción.....</i>	12,83	9,31
Hoyos, levante y basas		
Apertura de hoyos.....	2,64	0,12
Levante.....	5,77	»
Hormigonado de basas.....	1,54	0,03
Transporte de herramienta.....	0,10	0,50
Agua para basas.....	0,39	0,72
Transporte del cemento desde almacén.....	0,39	1,38
Varios.....	2,37	0,62
<i>Totales de hoyos y levante.....</i>	13,20	3,37
Tendido		
Unión de postes, anclas y afinado.....	0,49	0,17
Colocación aisladores y tendido.....	2,27	0,26
Escayolado y transporte aisladores y cable.....	0,39	0,91
Varios.....	0,85	0,30
<i>Totales de tendido.....</i>	4,00	1,64

El coste en pesetas de un poste levantado, sin gastos generales de Dirección y Administración, ha sido el siguiente:

	Pesetas
I. Mano de obra de construcción.....	84,30
Hierro, puesto en almacén de línea (300 kg).....	178,00
Cemento, puesto en almacén para construcción (600 kg).....	76,00
Grava y arena.....	46,80
Materiales varios de construcción.....	10,30
	425,40
II. Mano de obra de hoyos, levante y basas.....	76,40
Cemento para basas en almacén de línea (200 kg).....	24,90
Piedra, grava y arena para basas.....	45,00
Explosivos y materiales varios de levante.....	1,05
	147,35
III. Herramientas.....	13,00
	13,00
<i>Coste del poste levantado.....</i>	585,75

El coste por m³ de hormigón armado, descontado el hoyo y la basa, resulta de:

	Pesetas
Construcción: jornales y materiales.....	236,00
Levante: jornales y materiales.....	26,00
Herramientas.....	6,00
<i>Total.....</i>	268,00

IV.—Resumen

La línea con vanos de 200 m tiene grandes ventajas durante la explotación sobre la de 100 m de vano. Supuestas ambas con postes de hormigón, aquélla tiene a su favor una ligera economía de coste de primer establecimiento. Respecto a la duración de la ejecución, no hay diferencia considerable; este elemento es función de otras variables: expropiación, organización del trabajo, destreza del personal, etc., las cuales influyen también sobre el coste y en mayor proporción que la longitud de vano.

En terrenos muy accidentados, es posible que los postes grandes aumenten las dificultades y coste de construcción de la línea, especialmente por el levante de aquéllos.

A. del AGUILA
Ingeniero de Caminos

EL ESTADO Y LAS EMPRESAS

Llamaba la atención la REVISTA, en su último número, sobre los tan encomiados como incógnitos proyectos de la llamada Sociedad Española de Industria y Tracción Eléctrica. Frente a ella y en oposición franca, preséntase la recién organizada Federación de Industrias Nacionales. Una Comisión oficial acaba de ser nombrada, ante la cual habrán de concretarse proyectos y propuestas, que suponemos serán examinados tras amplia información, y no parece natural terciar en el debate mientras no se aporten a él aquellos elementos que puedan hacer la discusión seria y fructífera; pero, aparte de la cuestión de fondo, presenta este asunto aspectos de carácter general, sobre los que conviene decir algunas palabras.

Se han censurado, y con razón, esas apelaciones a la opinión pública, consistentes sólo en frases pomposas y en perspectivas de ensueño, que deben en lo íntimo avergonzarnos, porque parecen dirigidas a un pueblo de analfabetos. No es obligado por parte de las empresas acudir a esas campañas, para reforzar sus peticiones y propuestas; pero cuando lo hagan, deberán hacerlo con los respetos debidos al tribunal a que voluntariamente se acogen, presentando sus alegatos con todas las probanzas que puedan permitir un fallo consciente y razonado.

Al no hacerlo así, ¿cómo no despertar recelos y suspicacias, a los que tan inclinado se siente nuestro pueblo, parte, sin duda, por una viciosa propensión

a la maledicencia; pero en parte, también, por una experiencia triste de malbaratamientos seculares y de dolorosos desengaños? Ya en pleno siglo XVI, bajo la austera administración de Felipe II, hubo de liquidarse, no sin quebranto para el crédito público, la anómala situación creada en el reinado anterior por las concesiones y privilegios a Verceros, Affetatis y Fúcares, de los que decía la Secretaría de Hacienda que no habían traído a España ni pagado por cuenta de ella «sino de lo ganado en los logros, cambios y recambios hechos sobre la Hacienda real». Y de entonces acá no hemos sido mucho más afortunados, como hacía notar el Sr. Sánchez de Toca, en libro publicado hace pocos años (1) con motivo de una intentada «Compañía Nacional de Obras Públicas».

Pero suspicacias y recelos son meneguado bagaje para laborar eficazmente en pro de la riqueza patria, y no es lícito tampoco ampararse de ellos para oponerlos como arma única contra iniciativas que se presentan como salvadoras, sobre todo cuando es notorio lo mucho que en España habría que hacer en este sentido para elevar nuestra economía a la altura de la de las naciones que son en la materia guía y modelo.

Porque si mucho pesan sobre la opinión todos esos motivos de desconfianza, contra ellos reaccionan a su vez las mil patentes pruebas de nuestro atraso, que parecen revelar una ineptitud invencible o una negligente indiferencia, cuando no interesado empeño en mantener un cómodo *status quo*, cuyos provechos pudieran verse perjudicados, o modificados al menos en su distribución, por un cambio de postura. Y por eso, muchos piensan que bien vale la pena de correr el riesgo de algunas lamentables filtraciones, si ello es preciso para conducir por el cauce caudal potente de audaces iniciativas que fecunden el campo de la patria, en gran parte estéril e inerte, por la sequedad de los cerebros y por la inactividad de los brazos.

Esta limitada actuación de nuestros capitalistas y de nuestros industriales encontraba, en verdad, bastante disculpa en la magnitud misma de la obra a emprender, superior a las posibilidades del esfuerzo aislado, al que pueden faltar medios, aunque sobren ánimos; pero esta misma disculpa venía a poner de relieve otra viciosa característica: el individualismo excesivo, que bajo la arrogante capa de una independencia casi salvaje, encubre a veces un espíritu mezquino de máxima e inmediata ganancia que, procurando alejar molestas concurrencias, busca en la extensión del negocio lo que mejor podía encontrarse en su perfección e intensidad; el espíritu mismo que tiende a mantener en la propiedad el latifundio y propende en la industria a las diversas formas del monopolio.

A romper esa viciosa tradición viene la Federación de Industrias Nacionales, y bienvenida sea si, elevándose por encima de las gestiones que puede inspirar un peligro común y próximo, sabe abarcar en amplia visión de conjunto las más salientes facetas del problema económico nacional y aplica a resolverle sus esfuerzos; en ello, además, está su propio interés, pues las actitudes puramente defensivas no pueden conducir sino a un aplazamiento de la derrota.

Pero tampoco sería justo echar exclusivamente

sobre nuestros industriales la responsabilidad de nuestro atraso; pecaron, quizás, por omisión; pero siempre tendrían en su haber sus actividades y sus aciertos, gracias a los cuales nos vamos incorporando, aunque con lamentable lentitud, al progreso general del mundo; y aun ese mismo espíritu exclusivista a que antes aludíamos no es, si bien se mira, sino la exageración del estímulo en que la economía dominante busca la potencia motora de la producción y del cambio. No está tanto el mal en ese insaciable deseo de lucro, cuanto en la falta del adecuado regulador que modere sus excesos y dirija sus efectos en el sentido del bienestar y de la riqueza generales; está en la inhibición del Estado o en su intervención exagerada e inoportuna, en la falta de medida, en la carencia de plan y en la ausencia, en los momentos decisivos, de aquella firme energía, que no puede ser fruto sólo de una austeridad bien intencionada, si no la acompaña un conocimiento profundo de las necesidades y de los recursos del país.

Un siglo de guerras civiles, de fracasos coloniales, de desdichadas aventuras, apenas si han dejado tiempo para dirigir la mirada con atención sostenida hacia nuestra reconstitución interior, lo que era tanto más necesario cuanto que, en los siglos anteriores, errores y desastres no menos graves habían venido acentuando nuestra apenas interrumpida decadencia.

No es tampoco que hayan faltado voces previsoras y avisos prudentes; pero han venido a estrellarse en un ambiente de general incultura, más propicio a dejarse deslumbrar por los delirios de la fantasía que por empresas proporcionadas y útiles, antecedentes obligados de más ambiciosos empeños. Y así hemos carecido hasta de las condiciones necesarias para que broten, robustas, acertadas resultantes directoras y para seleccionar y revestir del necesario prestigio a las corporaciones y personas que hubieran de dar forma a la idea y cuerpo físico al espiritual anhelo.

Consecuencia natural de este estado de cosas son los planes y presupuestos extraordinarios que, reiteradamente y por sumas cada vez mayores, hemos visto presentarse a las Cortes en los últimos años, sin que nunca lograran su aprobación, demostrándose con ello la persistencia de la necesidad y, al mismo tiempo, lo precario y poco maduro del remedio, que no hubiera fracasado ante simples habilidades retóricas o rivalidades personales, si a la par que respondía a las aspiraciones de la opinión, hubiera venido acompañado de las suficientes garantías de eficacia.

En una conferencia dada con motivo del Congreso de Ingeniería (1), hube de llamar la atención sobre la necesidad de poner en armonía, para el eficaz desarrollo de esos planes, la organización y funcionamiento de la Administración del Estado con la complejidad creciente de sus numerosas e inevitables intervenciones; y aunque en este punto mucho podría contribuir a la acertada resolución del problema una colaboración de amplia base por parte de la industria privada, especialmente cuando se trate de ejecutar planes y de realizar obras, esta colaboración, aun dentro de una subordinación obligada, no podría extenderse, sin grandes limitaciones, a la formación de los planes mismos, que el Estado jamás podría delegar sin merma evidente de su soberanía.

(1) *Reconstitución de España en vida de Economía política actual*. Madrid, 1911, páginas 138-224.

(1) «La Administración general de Fomento y en especial de las Obras Públicas.» Madrid, 1920. Publicada en la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS, 1919, páginas 586 y 616.

Aunque llegaran a agruparse en una asociación única los intereses todos de la producción, todavía no podría verse en ella el órgano propio para misión tan delicada, pues quedarían desconocidos los intereses del consumidor, que deberán ser el objetivo final, racional y justo de la producción misma. Y si esto es verdad hasta cuando se trata exclusivamente de intereses nacionales, ¡cuánto más no ha de serlo, si es la industria y el capital extranjeros los que ofrecen su concurso, guiados por una idea de lucro, legítimo, sin duda, en su origen, pero que ninguna solidaridad modera y que sólo puede encontrar un dique en la ciencia y conciencia del Estado con quien trata!

Por otra parte, la formación de esos planes, si éstos han de ser verdaderamente eficaces, supone una fase preliminar de recogida, cotejo y clasificación de datos, de estudios y tanteos que permitan llegar después a conclusiones precisas, aunque nunca definitivas, porque las necesidades cambian y también la técnica, y es preciso, en cada momento, adaptar la concepción de conjunto a las variables condiciones de la realidad. Esa labor científica y técnica, ajena a toda idea de inmediato lucro, que sólo puede ser reproductiva por sus finales consecuencias, debe, por su naturaleza misma y por las condiciones en que ha de desarrollarse, ser una labor continua, que no impide la realización práctica de lo bueno, en espera de lo mejor; pero que no se contente tampoco con primeras aproximaciones, ni pretenda resolverlo todo, de una vez para siempre, con normas inflexibles más teóricas que prácticas.

Por desgracia, nuestros planes no han respondido la mayor parte de las veces a estas condiciones ideales: formados precipitadamente bajo la presión de las circunstancias, se han visto reducidos, con frecuencia, a una aglomeración deshilvanada de obras heterogéneas e inconexas, que respondían, sin duda, a as-

piraciones de los pueblos, pero que no habían sido debidamente contrastadas ni comparados sus beneficios presumibles con la importancia del gasto; ni atendidas, en suma, otras consideraciones que la intensidad de la demanda, medida a través de combinaciones electorales o de posibles alteraciones del orden público.

Cambiada la situación o pasado el peligro, la labor de depuración y de rectificación quedaba en suspenso, sin justificación precisa o alegando serias razones de sana economía, hasta un nuevo recrudescimiento de la actividad administrativa, que venía a reducirse a vaciar los empolvados legajos, enriqueciéndolos con nuevos aluviones de obras, que adolecían de iguales deficiencias de estudio y que ocupaban su puesto en el catálogo, aunque algunas tuvieran que detenerse más tarde en los linderos de la realización.

Defectos son que importa corregir, si la misión del Estado en estas materias, misión urgente e insustituible, ha de alcanzar la necesaria eficacia, y si al lado de los organismos oficiales, como auxiliar poderoso, y también como incentivo y contrapeso contra las rigideces de hábitos excesivamente burocráticos, se encontrara una industria fuertemente organizada, con alteza de miras en el presente y visión del porvenir, el camino quedaría expedito para la segura mejora de nuestra economía. Todavía sería preciso el concurso del exterior, pues ni podemos hoy por hoy bastarnos a nosotros mismos, ni son convenientes ni aun posibles en la vida moderna esos huraños aislamientos; pero tales concursos habrían de ser tratados y admitidos sólo en pie de igualdad, quedando sentadas las bases de nuestra independencia económica, fundamento indispensable de la soberanía verdadera.

Pedro M. GONZÁLEZ QUIJANO
Ingeniero de Caminos

ESTUDIOS ECONÓMICOS

Consecuencias que se deducen de la lectura de un balance

Consideraciones generales

Es opinión muy generalizada, no sólo entre las personas no muy avezadas en las prácticas de la contabilidad, sino aun en quienes manejan frecuentemente cuentas, la de que el balance resumen de las operaciones contables realizadas en un ejercicio, por una Casa comercial cualquiera, representa de un modo fiel la situación de aquélla, pudiéndose deducir de su lectura conclusiones terminantes, que permiten formar opinión al que aquél examina, acerca de la situación económica y financiera de la Casa cuya marcha se trata de conocer.

Es costumbre admitida y generalizada, fundándose en esa creencia, la de limitar al examen exclusivo de aquel documento toda fuente de información cuando se trata de informar acerca de la situación de cualquier entidad comercial. Grave error es éste; además del conocimiento de este documento, debe examinarse buen número de cuentas, especialmente las de amortizaciones, pérdidas y ganancias, reparos de beneficios, almacén, etc., etc.

Debe igualmente examinarse y compararse la situación de la Casa en el momento de que se trate con la que tuvo en ejercicios anteriores, siendo muy conveniente estas comparaciones.

Este modesto trabajo, resumen de algunas de las indicaciones que dirijo a los alumnos de la asignatura de «Estudios económicos y mercantiles», me permite publicarlo con objeto de aconsejar a cuantos tienen que intervenir en operaciones contables, las normas de conducta que estimo más acertadas, no olvidando la importancia que estos estudios tienen en la vida moderna para cuantos se ocupen en toda clase de asuntos industriales, los que no solamente deben considerarse desde el muy interesante aspecto técnico, sino también, y con no menor interés, desde el punto de vista económico y financiero.

Quizá en épocas ya pasadas pudiera el ingeniero encastillarse en sus conocimientos técnicos sin asomarse a los económicos; en la actualidad, y muy especialmente en el porvenir, no ha de presentarse esa separación de actividades, sino que, por el contrario, existirán constantemente unidas.